

Santa Isabel se desprende del velo negro

 MIGUEL ÁNGEL COLOMA
Fotos: SANTIAGO CABELLO



Las obras de restauración de la iglesia de Santa Isabel de Portugal, conocida popularmente como San Cayetano, han permitido al histórico templo zaragozano liberarse de su particular ‘velo negro’. Durante algunos años, la contaminación y el abandono condenaron a esta espléndida joya barroca al más injusto de los anonimatos. Sin embargo, el edificio ha recuperado ahora todo su brillo primigenio y su ‘nueva’ fachada irradia luz y monumentalidad. La historia del templo y la de Aragón se unen además de forma indisoluble, lo que imprime al inmueble un marcado carácter simbólico. No en vano, aquí reposan los restos del que fuera Justicia Mayor, Juan de Lanuza, uno de los bastiones la identidad aragonesa.

La fachada principal de Santa Isabel sobrecoge desde el primer momento a quien la contempla, que nunca espera encontrar entre las estrechas y serpenteantes callejuelas del corazón de la ciudad un edificio de semejantes dimensiones y calidades. De hecho, la restauración del templo ha supuesto un revulsivo para la recuperación posterior de todo el entorno de la plaza del Justicia, que ofrece ahora una imagen mucho más digna. La combinación de materiales utilizados en la construcción de la fachada —alabastro, mármol y ladrillo— son el perfecto prólogo de la experiencia mística que uno experimenta cuando cruza el gran portón de entrada, que guarda un edificio inundado de luminosidad y marcado espíritu barroco.

Santa Isabel se ha ganado por derecho la inclusión en los recorridos turísticos de Zara-

goza. De hecho, constituye la segunda ‘parada’ de la denominada Ruta Barroca, que arranca en la El Pilar y concluye en la iglesia de San Carlos Borromeo. El templo, en cuya construcción participaron un largo elenco de maestros de obra, nunca ha intentado rivalizar con la basílica, auténtico símbolo de la capital aragonesa. Sin embargo, ésta última, guarda cierta deuda con San Cayetano. No en vano, el novedoso juego de cúpulas diseñado en la construcción de la iglesia de la actual plaza del Justicia se trasladaría más tarde a El Pilar.

La profusión decorativa de su fachada, de estilo churrigueresco, es única en la ciudad. En cualquier caso, no basta con disfrutar del exterior. Se antoja imprescindible, a la vez que gratificante, darse un ‘baño de luz’ en el interior del templo, que permanece abierto al



el 17 de octubre de 1914 los restos mortales del Justicia Mayor Juan de Lanuza fueron trasladados desde la Casa Consistorial hasta el Palacio Provincial, para a continuación ser llevados con toda solemnidad hasta Santa Isabel, donde fueron definitivamente depositados.

público, de martes a domingo, de once de la mañana a dos de la tarde. Si lo desea, sepa que puede realizar también una visita guiada, que siempre resulta más enriquecedora.

Infanta y Santa

En el año 1270 nació la infanta Isabel, hija del rey de Aragón Pedro III. Vino al mundo, según quiere la tradición, en una alcoba del palacio de la Aljafería de Zaragoza. Casada en su adolescencia con el joven rey de Portugal don Dionis, se convirtió en reina del vecino país. La historia y la leyenda tejieron el perfil de una gran mujer, marcada por la generosidad y sus esfuerzos pacificadores, que serían recompensados con la canonización, en 1625. Por todo ello, a finales del siglo XVII, las Cortes de Aragón deciden declarar festivo para todo el reino el día de Santa Isabel (4 de julio) y erigir una capilla en su honor.

La orden de los padres teatinos, que cedieron el solar donde finalmente se levantó la iglesia, que está estrechamente ligada a Santa Isabel. No en vano, las figuras de dos de sus miembros, San Andrés Avelino y San Cayetano, presiden junto a la de la infanta la fachada principal. El edificio, en cuya construcción se invirtió apenas un cuarto de siglo, en cuanto a tipología, planta y distribución interior, sigue el modelo de la iglesia de San Cayetano de Madrid. Si a esto sumamos que la imagen del fundador de los teatinos, como antes recordábamos, ocupa también un lugar principal en la fachada, no es de extrañar que los zaragozanos ‘rebautizaran’ popularmente al templo como San Cayetano.

Nos encontramos ante un edificio barroco de cruz griega inscrita en un cuadrado, al que se añaden un cuerpo con ábside poligonal para el presbiterio y otro cuerpo o tramo en la zona de ingreso. Esta disposición determina la existencia de tres naves. La amplitud del templo y de la cúpula central resulta notable.

La restauración

El cuatro de julio de 1998, tras catorce meses de trabajos y una inversión de 214 millones de pesetas (50 procedentes de ayudas de la Unión Europea y el resto de fondos de la Diputación de Zaragoza, propietaria del inmueble), Santa Isabel abrió de nuevo sus puertas, recuperando el esplendor de cuando fue inaugurada, en 1706. Como explicaba entonces el arquitecto responsable del proyecto, Pedro Navarro, los trabajos se centraron en la renovación de las cubiertas y fachadas, así como en la restauración integral del interior, incluidos los bienes muebles del templo.

Cuando la DPZ decidió acometer las obras, las cubiertas del edificio llevaban ya una década deterioradas. De hecho, los promotores de la obra tuvieron que levantarlas por completo, sustituir la vieja estructura de madera, tender una capa de compresión de hormigón para el soporte de la teja y reponer las zonas afectadas por la humedad.

En las fachadas, se llevó a cabo una limpieza de los paramentos de ladrillo, la restauración de las molduras de las torres y, sobre todo, una limpieza general del alabastro. Durante esta operación surgió una de las grandes sorpresas: las tres figuras principales –Santa Isabel, San Cayetano y San Andrés Avelino–, no eran de alabastro, como se suponía, ni tan siquiera de piedra, sino de yeso. Un examen más minucioso detectó restos de pan de oro en muy diversas zonas de las estatuas, confirmando que originalmente fueron doradas. De ahí que se decidiera devolverles su aspecto anterior.

La recuperación del espacio y espíritu barroco del interior del templo constituyó el principal objetivo de los responsables de la restauración. Para conseguirlo, se abrieron todas las ventanas originales, tanto del tambor de la cúpula como de los muros perimetrales, colocando unas cristalerías de vidrio transparente. Las paredes lucen ahora un color ocre amarillento, tono que apareció en unas catas efectuadas en diferentes zonas del presbiterio. El resultado: todo un ‘baño’ de luz, reforzado por la nueva iluminación eléctrica, más cálida y acorde con los nuevos colores empleados.

Los restos del Justicia

Ya desde el exterior, los elementos decorativos de la fachada ‘delatan’ la estrecha vinculación de Santa Isabel con la historia de Aragón. El escudo del reino, la cruz de San Jorge, el árbol de Sobrarbe... Sin embargo, hay una fecha que marca ‘a fuego’ esa unión: el 17 de octubre de 1914. Ese día, los restos mortales del Justicia Mayor Juan de Lanuza fueron





trasladados desde la Casa Consistorial hasta el Palacio Provincial, para a continuación ser llevados con toda solemnidad hasta Santa Isabel, donde fueron definitivamente depositados.

La urna con los restos de Lanuza fue conducida hasta la iglesia montada sobre un armón de artillería y escoltada por distintas tropas de la guarnición, disparándose salvas de rigor y tributándose las mismas honras fúnebres que las previstas por las Ordenanzas Militares para el rango de Capitán General. Relatan las crónicas de la prensa local que al recorrido del cortejo fúnebre se sumó toda Zaragoza. Una vez en el interior del templo, tras el responso, la urna quedó instalada en un lugar preferente, sobre una lápida conmemorativa labrada sobre mármol italiano.

Las obras de restauración del templo obligaron, por precaución, a trasladar temporal-

mente las reliquias al palacio de los condes de Armijo, sede de la institución del Justicia de Aragón. Concluidos los trabajos, la Diputación de Zaragoza organizó otro acto solemne, al que se sumaron los principales representantes de la Comunidad, para devolver los restos a Santa Isabel. Desde entonces, reposan en una arqueta a la izquierda del altar mayor.

Semana Santa

Los orígenes de la Semana Santa zaragozana, recientemente declarada de interés turístico nacional, se remontan al siglo XVIII. Por entonces, los pasos eran llevados a hombros por los llamados 'terceroles', labradores y ganaderos de los alrededores de Zaragoza que vestían hábito y tercerol (prenda de cabeza, similar a la usada por la Orden Tercera). Dichos 'terceroles' acudían ya entonces, año

tras a año, a la iglesia de Santa Isabel de Portugal y, bajo la dirección de los hermanos de la Sangre de Cristo, colaboraban en la procesión del Santo Entierro. Y es que Santa Isabel ha sido y es, centro neurálgico de las celebraciones de la Semana Santa.

La Hermandad de la Sangre de Cristo se instaló en el templo en 1813 y en una de las capillas de los pies de la iglesia quedó expuesto su Cristo Yacente. Como es sabido, los hermanos siguen teniendo su sede en este edificio, de donde parten y donde se encierran durante casi todos los desfiles procesionales. La salida del Domingo de Ramos es sin duda una de las más emotivas y espectaculares. El templo y la plaza, donde hasta el Colegio Notarial se engalana, brillan ese día de forma especial. En cualquier caso, cualquier momento resulta oportuno para disfrutar de un tesoro como Santa Isabel.

